

## OS CASAMENTOS DE COAHUAYANA, MICHOACÁN, VISTO ATRAVÉS DE HISTÓRIA ORAL E FOTOGRAFIA

Gloria Ignacia Vergara Mendoza<sup>1</sup>

### Resumo:

Neste artigo pretendemos mostrar as mudanças ocorridas nos casamentos no município de Coahuayana, Michoacán, México, durante a segunda metade do século XX, a partir dos relatos orais e da fotografia dos noivos. Começamos apontando algumas categorias teóricas como a festa, o ritual e a família, para depois nos aprofundarmos na tradição, destacando os eventos particulares e vendo como o desenvolvimento da tecnologia influenciou a transformação da festa de casamento.

**Palavras-chave:** casamentos, relatos orais, fotografia

## LAS BODAS DE COAHUAYANA, MICHOACÁN, VISTAS A TRAVÉS DEL RELATO ORAL Y LA FOTOGRAFÍA

### Resumen:

En el presente artículo tenemos como objetivo mostrar los cambios que se han dado en las bodas del municipio de Coahuayana, Michoacán, México, durante la segunda mitad del siglo XX, a partir de los relatos orales y la fotografía de los novios. Iniciamos señalando algunas categorías teóricas como la fiesta, el rito y la familia, para luego adentrarnos en la tradición, resaltando los acontecimientos particulares y viendo cómo el desarrollo de la tecnología ha influido en la transformación de la fiesta del matrimonio.

**Palabras clave:** bodas, relatos orales, fotografía

## THE WEDDINGS OF COAHUAYANA, MICHOACÁN, VIEWS THROUGH THE ORAL STORY AND PHOTOGRAPH

### Abstract:

In this article we aim to show the changes that have occurred in weddings in the municipality of Coahuayana, Michoacán, México, during the second half of the 20th century, based on oral tradition and the photograph of the bride and groom. We begin by pointing out some theoretical categories such as the party, the ritual and the family, and then delve into tradition, highlighting the particular events and seeing how the development of technology has influenced the transformation of the marriage party.

**Key Words:** Weddings, Oral stories, Photography

---

<sup>1</sup> Doctora en Letras Modernas. Profesora-investigadora en la Universidad de Colima, México. E-mail: [glvergara@ucol.mx](mailto:glvergara@ucol.mx) ORCID: 0000-0003-1959-7305.

## **Introducción**

Las bodas sin duda han sido motivo de fiesta familiar. Pero alrededor de la celebración ocurren diversos hechos que se anclan en la tradición oral o quedan registradas en las fotografías. La memoria colectiva lleva al terreno identitario estos hechos y nos deja ver cómo la fiesta relacionada con las bodas ha ido cambiando. En este abordaje tenemos como objetivo mostrar esos cambios en las bodas del municipio de Coahuayana, Michoacán, durante la segunda mitad del siglo XX.

Abrimos nuestra investigación señalando algunos aspectos sobre la fiesta, el rito y la familia, para luego revisar las bodas en la tradición oral y destacar algunos acontecimientos a través de los recuerdos y la fotografía. Esto finalmente nos llevará a ver cómo la fiesta del matrimonio ha cambiado, tanto en la celebración como en la presentación, vestimenta y ajuares de los novios.

Es necesario decir que para llevar a cabo nuestro trabajo, además de la investigación documental, acudimos a la técnica de la entrevista (semiestructurada y a profundidad). Conversamos y discutimos con ocho informantes de Coahuayana: cinco que viven en el municipio, dos en otra ciudad del mismo estado y una más en Estados Unidos. Las redes sociales jugaron un papel fundamental para el acopio de información: el correo electrónico, Facebook y WhatsApp se convirtieron en plataformas fundamentales, pues por estos medios contactamos a cuatro informantes, quienes contestaron nuestras preguntas en varias sesiones y nos proporcionaron material fotográfico de sus archivos familiares.

## **Fiesta, rito y familia**

En cuanto a nuestros presupuestos teóricos, partimos de las bodas como fiestas rituales que dan continuidad y solidez identitaria a la familia, siendo esta la institución social y cultural de mayor arraigo en México. Como afirma Dionisio Borobio (2011), no hay familia en donde no se festeje algo, porque “la fiesta es un elemento esencial de la vida familiar. Los momentos y ocasiones de celebración festiva pueden ser diferentes en cada caso y, normalmente, van unidos a determinados ritos” (p. 18). Las bodas entran en los rituales de continuidad y expresan en su simbolismo, “el deseo de alcanzar la plenitud, de acercarse a lo trascendente, encuadrando y dando expresión a las más profundas aspiraciones del hombre” (p. 16). La boda es una fiesta, y como tal “nos levanta por encima de las miserias de la existencia cotidiana, [...] de las limitaciones de la condición humana” (p. 17).

Tiene un carácter aspiracional y sagrado, como lo podemos ver en las culturas más antiguas. En nuestra tradición occidental cristiana, uno de los ejemplos por excelencia, está en las bodas de Caná, en donde Jesús convirtió el agua en vino, haciendo visible este elevamiento de la fiesta a lo sagrado.

La fiesta reafirma los vínculos entre los seres humanos; “presupone una unidad social diferenciada, a la vez que contribuye a crearla y reproducirla” (MARTÍNEZ, 1990, p. 46), en el ritual en donde los sujetos implicados adquieren esa «unidad moral», como veía E. Durkheim. Etimológicamente, la palabra «fiesta» viene del latín *festus* que implica regocijo y “designa la conmemoración de un evento o persona sagrados” (MACÍAS, 1996, p. 1). En este sentido, es a través del rito, como manifestación viva de la fiesta, que las tradiciones de la familia y de la vida social de la comunidad se preservan.

### **Las bodas en la tradición oral**

Los relatos y textos orales que refieren las bodas aparecen en todas las culturas y forman parte de la tradición oral que va y viene de boca en boca, moviendo la imaginación de los pueblos. En este contexto, encontramos una diversidad de géneros para todo tipo de público, desde los textos para niños, hasta los albures en donde los grupos de varones, casi siempre, se regocijan en los juegos irónicos y giros de doble sentido del lenguaje. Hay canciones infantiles como “El piojo y la pulga”, que hacen manifiesto lo colectivo de la celebración, a través de los padrinos que poco a poco van reuniendo lo necesario:

El piojo y la pulga se iban a casar,  
y no se han casado por falta de maíz,  
tiro lo tiro, tiro liro liro,  
tiro lo tiro, tiro liro lan.

Responde el gorgojo desde su maizal,  
“Hágase la boda que yo daré el maíz”,  
tiro lo tiro, tiro liro liro,  
tiro lo tiro, tiro liro lan.

(Canción popular)

En la tradición oral infantil hay textos que, además de ser cantados, funcionan para señalar con el dedo a otro jugador o marcar acciones que deben hacer o dejar de hacer los jugadores en la ronda:

Mañana domingo  
se casa Benito  
con un pajarito  
que baila bonito  
—¿Quién la madrina?  
—Doña Catalina  
—¿Quién es el padrino?  
—Don Juan Botijón  
El que hable o se ría  
le doy un coscorrón.  
(Canción popular)

Hay en la amalgama de la oralidad, canciones, corridos, dichos y refranes, todo tipo de textos líricos o narrativos que abordan la ceremonia de la boda a través de lo mágico, la ironía o la tragedia. Entre los textos narrativos podemos encontrar cuentos populares como “La Cenicienta”; mitos como el de la boda entre la diosa Tetis y Peleo; leyendas como “La novia asesina” de la Ciudad de México. Sin embargo, para fines de nuestra investigación, hemos delimitado el estudio a textos que, incrustados en la narratividad cotidiana del municipio de Coahuayana, ubicado en el estado de Michoacán, México, se pueden clasificar en la historia oral, como dice Nieves Gómez, conformada por

relatos orales en que la gente cuenta lo que recuerda sobre la vida cotidiana o la historia del pasado. Ejemplos: informaciones etnográficas sobre la vida cotidiana, estructura familiar, sistema educativo, acontecimientos históricos (guerras, procesos de emigración), oficios y ocupaciones tradicionales, fiestas, modos de relación social, creencias, ... (2002, p. 177)

A partir de estos relatos orales, en diálogo con el rol que ha jugado la fotografía, hablaremos de los cambios que se han dado en las bodas de Coahuayana, así como en la cosmovisión y los rasgos identitarios de quienes participan en la fiesta. De los relatos, es posible destacar los mecanismos de representación que juega la memoria individual y colectiva, al contar los recuerdos de la boda y distinguir el hecho del propio recuerdo.

El ejercicio de las capacidades de recordar y olvidar es singular. Cada persona tiene «sus propios recuerdos», que no pueden ser transferidos a otros. Es esta singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente —la memoria como presente del pasado, en palabras de Ricoeur [...]— lo que define la identidad personal y la continuidad del sí mismo en el tiempo (JELIN, 2002, p. 19).

Pero además de la memoria individual actúan rasgos de la cultura, del contexto histórico y social que, podríamos decir con H. George Gadamer, vienen de la historicidad del que recuerda. Por ello, como afirma Jelin, siguiendo a Maurice Halbwachs, la memoria

individual debe contemplarse enmarcada en lo social. “Estos marcos [sociales] son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores. Incluyen también la visión del mundo, animada por valores, de una sociedad o grupo” (JELIN, 2002, p. 20).

Así, los relatos orales de las bodas tienen la impronta de la memoria colectiva, en tanto que presentan las huellas del acontecimiento que impactó en la historia familiar, “de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas” (RICOEUR, 1999, p. 19).

### **La fotografía y las bodas**

En la celebración de las bodas también ha jugado un papel fundamental la fotografía. La aparición de los daguerrotipos, a mediados del siglo XVIII, y su gran impacto durante el siglo XIX, hizo que la fotografía se insertara como un elemento decisivo en la fiesta y, de manera especial, en las bodas. Si no se contaba con alguna foto tomada el día de la fiesta, se mandaban hacer montajes que rememorarán la ceremonia. Esto podemos verificarlo aún en algunas fotos de nuestros padres o abuelos, quienes se casaron a finales de los cincuenta del siglo XX, en zonas rurales de México, a donde difícilmente llegaba un fotógrafo o donde no había estudios fotográficos a los que acudir.

En general, como afirma Beatriz Soto (2002), las fotografías, ya sea que lo novios fueran a un estudio o que se tratara de montajes, se veían totalmente austeras, pues los elementos que ahora encontramos en el escenario de la fiesta, fueron apareciendo cuando la boda pasó del ámbito privado del seno familiar a lo público que representó el mostrarse en una fotografía.

Sólo cuando las bodas de la realeza pudieron fotografiarse y reproducirse para que todo el mundo las contemplara, sólo entonces, a modo de emulación de estas ceremonias, se fue introduciendo todo un ritual de flores, velos, encajes y familiares en las austeras fotografías de bodas. Las fotografías de estas bodas de los de más alto rango, donde la ceremonia pública sí se imponía frente al compromiso privado y donde el boato y la familia debían aparecer como partes fundamentales e integrantes de la celebración en sí, son el modelo a seguir que modifica la tradición del posado de la pareja (p. 271).

La fotografía visibilizó, más allá de la vida familiar, la fiesta; además de dar paso al reconocimiento del ritual, abrió la posibilidad del reconocimiento social de los novios. Con esta apertura quedaron asimismo enunciados los «deseos» de pertenencia a un estatus mayor,

por lo menos en el espacio rural y popular, que pueden ser motivo de otros estudios y reflexiones. En este contexto es posible notar una línea perceptible que viene de la evolución reconocida entre el retrato como arte pictórico que hacían los grandes artistas para la nobleza y la fotografía que sigue este cauce a partir del siglo XIX.

El retrato fotográfico tiene como predecesores principales al retrato pictórico y, más antiguamente, al acuñamiento de monedas. Pero en el retrato pictórico el esfuerzo del artista era no sólo reproducir lo más fielmente posible los rasgos faciales y, en algunos casos, corporales del noble que encargaba su propio retrato, sino que debía también representar el mundo interior, la personalidad, del retratado. Es por ello que muchos nobles rechazaban el trabajo encargado a pesar de que éste reflejase con propiedad sus características fisonómicas. Ellos aspiraban a que se representase su personalidad de manera positiva, aceptable para los patrones morales, políticos y religiosos de la época (FINEL, 2012, p. 34).

El retrato fotográfico democratizó el ámbito público al hacer visible el *habitus* de la burguesía y, por otro lado, logró que el aspecto aspiracional, tanto a la belleza como a lo positivo de la personalidad, se cumpliera. Este sentido de realización social como religioso y cultural se ancla en la construcción identitaria de los novios y la familia, como sujetos retratados. Aunque, como menciona Walter Benajmin, “con la fotografía, el valor de exhibición comienza a vencer en toda línea al valor ritual” (2003, p. 58), siempre hay un hálito de lo sagrado que queda en el obrar humano. “El valor de culto de la imagen tiene su último refugio en el culto al recuerdo de los seres amados, lejanos o fallecidos. [...] En ello consiste su belleza melancólica, la cual no tiene comparación” (p. 58).

### **Las bodas de Coahuayana**

A principios de los años cincuenta del siglo XX, las bodas de Coahuayana eran fiesta de todo el pueblo. Los balazos marcaban el arribo de los novios al baile, luego de la celebración religiosa. Don *Chema* recuerda: “Había mucha balacera en todas las bodas, pero cuando se casó Camilo Reyes con Luz Acevedo, en la Ocotera se oía un solo zumbido de tanto balazo. No hubo muertos, pero sí muchos balazos. Tiraban en la velada y cuando llegaban los novios” (ENTREVISTA, 02/12/2017). En la boda de *Lupe* Gómez con Salvador, mataron a Elías Mendoza. “Oímos una balacera, pensamos que era por la boda, porque siempre cuando llegaban los novios, tiraba balazos la gente, nosotros nos metimos a una troja vacía que tenía don Santos Gómez. Al rato llegó mi mamá asustada. Habían matado a

*Elías Mendoza y nosotros estábamos allí, en el cajón de maíz vacío*” (VERGARA, 2016, p. 47).

En ese ambiente, afloraban las riñas amorosas. *“Cuando se casó Celia con Miguel Oseguera, en el 58, mataron a Polo Lucatero, porque se quería llevar a la novia de Audel en su camión*” (ENTREVISTA, 02/12/2017). Don Chema cuenta que su bisabuelo Jesús era curandero, especialmente de los heridos de bala, y muchos de ellos eran heridos en las bodas: *“Una vez, en la Estanzuela hubo una boda y unos heridos. De allá vinieron [a Tepames] a llevárselo para que curara a los heridos. Y se estuvo allá hasta que se curaron. Porque él, con la boca les sacaba los cuajarones (coágulos) de sangre o de pus, y con un fierrón les sacaba las balas*” (VERGARA, 2016, p. 36).

Otro elemento significativo en las bodas referidas de los años cincuenta es el viaje desde el rancho o poblado a la iglesia de Coahuayana para contraer matrimonio y el regreso a la fiesta. Esto implicaba que la novia tenía que montar a caballo. *“A las novias les ponían una albarda<sup>2</sup> en las bestias. Cuando venían de regreso, se vestían de nuevo, en una higuera, antes de llegar a la fiesta. Como las raíces de la higuera son grandes, le servían para cubrirse”*. (ENTREVISTA, 02/12/2017). Algunos novios se iban de viaje de bodas. Don Chema recuerda: *“Mi suegro dijo: «Se habían de ir de paseo de bodas». Pero yo ya me había quedado sin nada de dinero. Me gasté 6,000.00 que me había ganado en Estados Unidos. Compré las alhajas (aretes, medalla, anillos), el vestido, las donas, pagué la música, la misa, los platos”. Pagué 25 pesos del matrimonio por la iglesia y 25 del registro civil”*. (ENTREVISTA, 02/12/2017).

Además, a la novia le daban las gracias por su respuesta y con ello: dinero y regalos. Los novios llevaban padrinos de velación, de arras y de lazo. Aunque no siempre sabía el novio lo que debía dar en la boda: *“había invitado a mi tía Celia y yo no sabía qué cosa eran las arras. Ella [las] consiguió y fue mi madrina”*, dice don José María. (ENTREVISTA, 05/12/ 2017). Pero no siempre las novias llevaban ramo, ni lo aventaban como ahora. Tampoco había *“víbora de la mar”*, no bailaban el vals con los familiares ni les pegaban billetes.

La fiesta duraba de uno a tres días, según las posibilidades. Empezaba con lo que llamaban la velada. Mientras los novios se iban a casar a Coahuayana, los familiares y amigos que se quedaban, hacían los preparativos para cuando llegaran los novios.

---

<sup>2</sup>Según el *Diccionario de la Lengua Española*, la albarda es “la pieza principal del aparejo de las caballerías de carga, que se compone de dos a manera de almohadas rellenas, generalmente de paja, y unidas por la parte que cae sobre el lomo del animal”. Es un tipo especial de silla de montar para mujeres.

Mataban vaca, chivos, puercos o gallinas, hacían tortillas y la música empezaba. *“En la boda pagué 20 horas de tocadiscos. La velada empezó con la música. Nosotros nos vinimos a casar a Coahuayana. Llegamos de regreso a otro día como a las 3 de la tarde. Fue la comida. Dieron birria de chivo y caldo de gallina. Otro día mi suegro mató un puerco”* (VERGARA, 2016, p. 84).

Un día antes de la ceremonia religiosa, los padrinos de matrimonio velaban a los novios. *“Les daban una vela y se quedaban como una hora con el santísimo, los novios y los padrinos. A nosotros no nos velaron porque nomás nos confesamos y nos fuimos a casar al civil, pues el cura quería la boleta del registro y a otro día era la boda. Y cuando fue mi madrina Natalia a Palos Marías, dijo que faltaba la velada. Entonces mi mamá mató unas gallinas y hubo otro baile”* (ENTREVISTA, 09/12/2017).

José María y Socorro se casaron el 7 de diciembre de 1959, pero mandaron hacer su fotografía de boda unos años después, en 1966. Socorro dice que no hubo fotógrafo, ni en la ceremonia religiosa ni en la fiesta. *“Ya cuando vivíamos aquí, en El ranchito, alguien vino arreglando fotos. Yo les di una de cuando tenía 15 años y una de Chema. No me acuerdo ni cuánto me cobraron”* (ENTREVISTA, 09/02/2017). A partir de las fotografías proporcionadas, hicieron el arreglo, pero *“el vestido no era así. El vestido de novia me lo hicieron en Palos Marías, junto con las donas que eran otros cuatro vestidos: uno verde con negro, otro rosita, uno blanco y el azul que era el que más me encantaba, por la hechura que tenía”*. Del ajuar completo de la novia, Socorro dice: *“Sí llevaba una cadena con la medalla, pero los aretes eran unas caricias. También me dieron una pulsera de esas que llamaban esclavas, un anillo con piedrita y la argolla de matrimonio que se me cayó un día en el charcón de lodo, ese que había allí junto a donde lavaba. Como allí se metían los puercos, ¡qué iba a hallar!, después me compré otro”* (ENTREVISTA, 09/02/2017). La novia también llevó velo, pero del ramo no se acuerda.

**Imagen 1.** Socorro y Chema



**Fuente:** Archivo familiar

La novia refiere circunstancias especiales, recuerdos que se van construyendo alrededor de la boda y que refuerzan el acontecimiento de la fiesta referido por el novio:

*Me casé a los 17 años. A los ocho días me fui a vivir con él. Mi boda fue debajo de unos árboles porque vivíamos en un paraje en Lodeluna; el río nos había dejado sin casa con el ciclón del 59. Fue la primera vez que bailé. Cada ratito me daba pisadas y pisadas el novio. A la iglesia me vine con mi papá a Coahuayana. Nos vinimos un día en la tarde, porque nos casamos al civil en la noche y otro día a la iglesia. Dormimos en la casa de doña Polo y a otro día fue la misa.*

*En Palos Marías mi suegra también hizo fiesta. Allí sí nos velaron. Mi madrina Natalia se emborrachó y echaba guaipes y decía: «El que no cuida a su perro, desgraciado perro». Me daba vergüenza, decía: ¡Ay, para qué me casé! Pero así es el destino de uno... ya al último pierde la vergüenza. (ENTREVISTA, 09/02/2017)*

Otra fotografía recuperada de las bodas de Coahuayana, corresponde a Leovigildo y Aurelia. Ellos se casaron el 25 de febrero de 1963, en la iglesia de Coahuayana, pero la fiesta fue en El Camalote. No hubo balazos, dicen, porque eso pasaba más bien en Palos Marías. “*Tocó el mariachi y dieron birria de chivo en la comida*”, recuerda Aurelia. El día de la boda no hubo fotógrafo; pero tres días después, los novios se vistieron con sus atuendos para reproducir el momento de la fiesta en la fotografía. Como podemos apreciar en la foto, ella lleva una biblia con su rosario en una mano y, en la otra, el ramo, que no aventó ni lo dejó en el altar, como ocurre ahora, pues “*las novias solo se presentaban con el ramo que guardaban y no el de flores naturales que dejan hoy en la iglesia o el que avientan en el baile*”. Su vestido lo mandaron hacer en Tecomán, la ciudad más cercana. “*Mi vestido estaba muy bonito. También me dieron un juego de aretes, anillo y cadena*” (ENTREVISTA, 12/01/2017).

**Imagen 2.** Aurelia y Leovigildo



**Fuente:** Archivo familiar de Rosa Elena

La boda de Miguel con Adelina, a quienes mostramos en la fotografía siguiente, duró dos días, hasta que el papá de la novia corrió a los invitados. Ellos se casaron en El Camalote, en 1967. El escenario de la foto recuperada muestra al fondo una vela y el espacio de la iglesia, lo que indica que sí hubo fotógrafo el día de la boda, a diferencia de las dos anteriores que son creaciones o reconstrucciones del evento días o años después.

**Imagen 3.** Miguel y Adelina



**Fuente:** Archivo familiar de Alondra

Aunque notamos diferencias en las fotografías de las tres bodas mencionadas, lo común es que hasta finales de los años sesenta, en Coahuayana era difícil conseguir un fotógrafo que se encargara de hacer la foto de los novios. Es hasta ya entrada la década de los setenta, que el avance tecnológico de la fotografía a color llega a las poblaciones rurales.

Entonces, además de los fotógrafos profesionales, empezaron a proliferar los aficionados, pues en esos años, como afirma Amy Touchette:

las imágenes a color se convirtieron no solo en algo para los científicos, técnicos, artistas y anunciantes, [sino] increíblemente algo fácil y asequible para muchas personas. Cada clase de cámara, desde aquellas cámaras desechables que venden en la farmacia hasta aquellas con ópticos de alto rendimiento especializado, fueron disponibles. Las personas en este período encontraron toda clase de uso para la película de color, grabando todo, desde vacaciones en la playa hasta las primeras imágenes de color de la tierra tomadas desde el espacio (ENTREVISTA, 8/06/2017).

En la fiesta matrimonial se marcó también un cambio importante con el hecho de que algunos familiares y asistentes a las bodas tuvieran cámaras fotográficas, pues ya no dependían de que un fotógrafo acudiera especialmente para eso. Por otro lado, se amplió el panorama de la fiesta, pues ya no eran los novios los únicos que aparecían en escena. Como vemos en la fotografía de Joaquín y Socorro, cuya boda fue llevada a cabo en 1975, en Palos Marías, los padrinos, pajes y familiares forman parte en la escena de la boda. A partir de la foto a color, la memoria fotográfica conserva más elementos de la fiesta. Apreciamos al novio vestido con mayor formalidad y a las madrinas vestidas de largo y con peinados especiales.

**Imagen 4.** Boda de Joaquín y Socorro



**Fuente:** Archivo familiar de Ofelia

Irma, quien aparece como paje en esta foto de la boda, recuerda otros detalles de la fiesta que si bien no quedaron registrados en la imagen, brotan con el recuerdo del acontecimiento.

*Fue en Palos Marías [la boda] y si mal no recuerdo duró tres días. Como Beto el de mi tío Miguel y yo fuimos pajes, nos llevaron desde dos días antes a la boda. El primer día sí lo aguanté, pero ya el segundo por la noche me quise regresar a la casa, ya no quería ser paje. Te digo que me quería regresar a la casa y mi tío Miguel y mi mamá Chayo me trajeron de regreso al Camalote. Mi tía Geno me dio una bolsa llena de carne asada para que se la trajera a mi mamá. Como venía llorando, mi mamá Chayo me dijo: «las penas con pan son mejor». Y empecé a comerme la carne y yo creo que mi pena era muy grande porque casi termino con toda la carne, jajajaja, hasta mi tío Miguel me dijo: ¿dónde te cupo tanto? Ya, al siguiente día, nos fuimos todos muy temprano para que nos arreglaran, a Beto y a mí, para la misa. Del baile no recuerdo mucho, pero durante los tres días había mucha comida y música. Creo que mi papá Trino puso vacas o becerros para la comida, porque el mero día había birria, chicharrones y no sé qué tanto más. La gente se amanecía ahí. Y todo fue en casa de la mamá de mi tía Socorro. (FACEBOOK, 27/11/ 2017).*

Las prácticas rituales de la fiesta y la tecnología han cambiado; hoy se toman un sinfín de fotografías de las bodas. Independientemente de que se contrate a un fotógrafo, se tome video y se realice un estudio fotográfico, se siguen haciendo montajes para las fotos de boda. Rosa Elena y Leo, cuya fotografía se muestra a continuación, se casaron en El Camalote, en 1989, cuando ya era común tanto la foto a color como el hecho de que muchas familias rurales tuvieran una cámara o videocámara, principalmente si contaban con familiares que radicaran en Estados Unidos, pues ellos eran agentes de la nueva modernidad. Pero, a pesar de los avances, algunas parejas buscaban escenarios más elegantes que el propio contexto. Las fotos de boda que conserva Rosa tienen paisajes, que corresponden más bien al montaje realizado en un estudio que al momento de la fiesta.

**Imagen 5.** Rosa Elena y Leo



**Fuente:** Archivo familiar de Rosa Elena

La relación de hechos y la atmósfera de la boda en el relato resulta, a veces, lejana de la misma fotografía. Es importante, como decíamos, notar el momento mismo de la fiesta o el contexto que rodea a los fotografiados, en tanto que muestra el performance de la celebración o su reconstrucción. Sin embargo, a partir de los años ochenta vemos que los fotógrafos y los fotografiados buscan las mejores expresiones, los ángulos que quedarán en la imagen como un tiempo arquetípico, tal vez ideal y nostálgico. En el relato de boda que nos hizo Rosa, hay elementos contextuales que hablan del espacio y de las prácticas culturales propios de la fiesta que no aparecen en la fotografía configurada para guardar la mejor imagen. Los avatares del novio para llegar hasta el lugar de la boda o el desarrollo mismo de la fiesta a través del baile, son elementos que se recuperan a través de la historia oral:

*Cuando Leo fue a pedir mi mano, llovía demasiado, con truenos y centellas. Como iba en autobús, se bajó en el cruce de Boca de Apiza, como a las siete de la tarde. Iba cargando su maleta y una bolsa de mecate llena de papas de Zamora para agradar a sus suegros. Caminó como 20 minutos y le dieron raite hasta el cruce de San Vicente. De ahí caminé de nuevo hacia El Camalote. Llovía aún más fuerte y estaba totalmente oscuro. La única luz que lo alumbraba eran los relámpagos de la lluvia. A mitad del camino está un rancho con una sola casa. De esta salieron unos perros ladrándole con furia, lo querían morder. El dueño escuchó y salió en su auxilio. Este señor se ofreció para que dejara en su casa el costal con papas y así se aligeró su carga. Llegó al Camalote como sopa. Me dio mucha emoción verlo, pero también pena, por todo el viacrucis que pasó, por no tener un vehículo ni teléfono para ir por él al cruce. Mi papá lo recibió con alegría. A otro día lo llevó al río a sacar chacales y a la huerta de plátanos para que le ayudara. Como Leo no sabía nada del campo, al alzar el machete para cortar la maleza, se cortó los dedos de la mano izquierda y hasta ahí llegó la ayuda y no siguieron trabajando. Se organizó la boda y de toda la familia fueron padrinos. Nos casamos el 11 de diciembre de 1989, nuestros padrinos de boda fueron mi tío Joaquín y mi tía Socorro, quienes prepararon una vaca entera para la comida, para que alcanzara para toda la familia y los amigos. La boda fue abajo del chico que se encuentra en el solar de mis padres. La misa, en la iglesia de El Camalote, fue oficiada por el padre Tomás. Como yo tenía tres meses de embarazo, durante la misa sentía mareos y ganas de vomitar, por lo que mi papá me daba aire con su sombrero. Después de la misa, nos fuimos caminando y tomando, todos los asistentes, una cerveza, hasta el chico. Un buen tramo me cargó Leo en sus brazos. Llegamos al chico, comimos birra, sopa de arroz y frijoles charros; de postre pastel y agua de horchata y cerveza. Bailamos el vals y nos pegaron billetes con alfileres en el velo y el vestido y a Leo en el saco y el pantalón. Un señor llamado Gabriel nos regaló cinco monedas de plata y este dinero nos sirvió muchísimo para comprar cosas para ir armando la cocina y la recámara. No fuimos a ningún lugar de luna de miel. Pasamos unos días felices con la familia de Leo y mi mamá en las playas de Boca de Apiza y San Juan de Alima. Durante el baile tomaron a Leo entre varios hombres y lo alzaban fuerte hacia arriba, hasta que casi chocaba con las ramas del árbol (el chico). Le pusieron un mandil y le prestaron una escoba, cantándole: “mandilón, mandilón, mandilón”, y yo detrás de él con un niño*

*y pegándole con una chancla. Fue una boda muy bonita y llena de alegría, donde asistió toda la familia y amigos de Morelia y El Camalote. (ENTREVISTA, 14/12/2017).*

El relato actualiza y reconstruye la fiesta; la fotografía incide en el recuerdo de la boda o da lugar a que se construya de otra manera, cuando no se busca dejar solo el testimonio de la fiesta, sino mejorar la imagen. Desde finales del siglo XX y hasta estas primeras décadas del XXI es asombroso el impacto del Photoshop en este sentido. El celular es el medio preferido de muchos de los asistentes a las bodas para tomar fotos y compartirlas en el instante, a través de las redes sociales. Se toman videos y fotos por miles, se hacen filtros, arreglos, montajes, etc., que corresponden tanto a la ceremonia religiosa como al vals, la comida, los discursos, el ramo, la víbora de la mar.

Ofelia, otra de nuestras entrevistadas, recuerda las bodas de El camalote celebradas en los años ochenta:

*yo fui a varias. Como madrina de Locha Bravo, Érica Fernández, Lupe Navarro y Gloria Gómez. La que recuerdo más es la de Lupe, porque yo andaba de novia con Fortino Torres, el de Coahuayana, y me llevó serenata una noche antes de la boda; yo estaba bien emocionada, porque se usaba que un día antes de la boda les llevaban serenata a las novias y pues la fiesta de la boda se terminaba a las dos o tres de la mañana. (WATHSAPP, 28/11/ 2017).*

**Imagen 6.** Boda de Locha



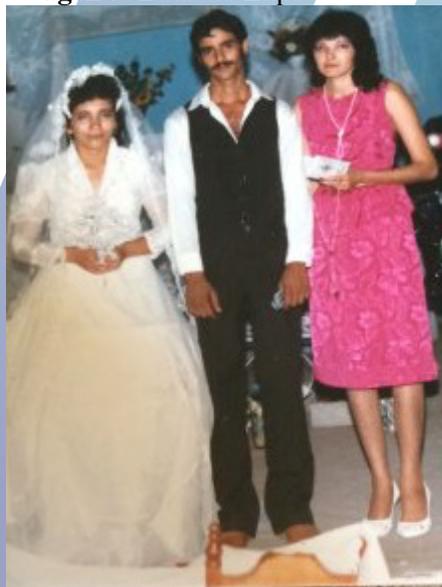
**Fuente:** Archivo familiar de Ofelia

**Imagen 7.** Boda de Erika



**Fuente:** Archivo familiar de Ofelia

**Imagen 9.** Boda de Lupe



**Fuente:** Archivo familiar de Ofelia

La serenata, la música en vivo con grupos de la región y el mariachi, aparecen en los relatos de esas décadas, al igual que la víbora de la mar, la aventada del ramo y el levantamiento del novio, como vimos en la historia de Rosa. Esta parte pública de la fiesta, va acompañada de la partida del pastel y las fotos con los familiares y amigos. En cuanto a la música, ciertas canciones eran preferidas para animar la fiesta, como ocurre con: “mandilón, mandilón, mandilón / ya te casaste mandilón”. O para las mujeres, a quienes en algunas bodas les cantaban, a través del aparato de sonido: “ya se casó / ya se fregó”.

Así, la parte identitaria de la tradición familiar surge de lo ritual y se ve intervenida por cuestiones sociales de moda, tendencias de pensamiento, publicidad, avances tecnológicos. Esto hace del rito un acontecimiento y del acontecimiento un ritual. En esta relación dialéctica entran aspectos que vienen de los modelos pintados o fotografiados de la aristocracia y que se infiltran en lo aspiracional popular. Por otro lado, el acto religioso que implica el deseo de los novios de “cumplir” con lo sagrado y ser buenos hijos y miembros dignos de una familia, se proyecta y encamina en direcciones distintas. Para muchos de los contrayentes y participantes de las bodas, importa más el baile y la comida que el culto religioso; sin embargo, todos esos elementos son también parte del rito de la fiesta. Los atuendos, gestos, compañía, así como el espacio en el que se lleva a cabo la ceremonia religiosa siguen siendo elementos importantes a la hora de las fotografías y del reconocimiento público en el espacio de lo sagrado.

### **Palabras finales**

Podemos decir que los elementos que permanecen y los que entran y salen de la fiesta matrimonial, quedan en gran parte asentados en la memoria colectiva. Esto ocurre gracias a los relatos de boda que, a su vez, dan lugar a múltiples textos lapidarios engarzados en contextos mayores, así como gracias a la tecnología que introdujo la cámara, el color, el video, la música gruperá y, ya en estos tiempos del siglo XXI, el celular, Facebook, WhatsApp, etc. Otros usos y costumbres van generando prácticas diversas en la fiesta del matrimonio. Desde los años noventa, por ejemplo, con la edificación de iglesias protestantes en el municipio, van y vienen elementos diversos en la celebración; son principalmente producto del intercambio cultural de este municipio con algunos lugares de Estados Unidos (California, Oregon, Washington). Aunque esto es motivo de otro estudio. Por ahora, podemos decir que los cambios en los rituales de boda en Coahuayana, Michoacán, durante la segunda mitad del siglo XX, se han dado en varios sentidos. Pero la fiesta siempre lleva impregnado el momento histórico social en el que se desarrolló. De esto quedan aspectos esquematizados en la memoria colectiva que luego podemos localizar en los relatos de vida y en las fotografías.

### **Referencias**

BENJAMIN, Walter. **La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica**. México: Editorial Itaca, 2003.

BOROBIO García, Dionisio. **Familia, ritos y fiesta**. *Familia*, núm. 43, pp. 11-25, 2011. Universidad Pontificia de Salamanca. Disponible en: [www.unav.edu/matrimonioyfamilia/observatorio/.../29254\\_Borobio\\_F2011\\_Familia](http://www.unav.edu/matrimonioyfamilia/observatorio/.../29254_Borobio_F2011_Familia)

FINOL, David Enrique; Dobrila Djukich de Nery; José Enrique Finol. **Fotografía e identidad social: retrato, foto carné y tarjeta de visita**. *Quórum Académico*, vol. 9, núm. 1, pp. 30-51, enero-junio de 2012. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/1990/199022708003.pdf>

GÓMEZ López, Nieves. **Los géneros de la literatura de tradición oral: algunas proyecciones didácticas**. *Lenguaje y textos*, núm. 18, pp. 175-181, 2002. Consultado en: [https://ruc.udc.es/dspace/bitstream/handle/2183/8159/LYT\\_18\\_2002\\_art\\_18.pdf](https://ruc.udc.es/dspace/bitstream/handle/2183/8159/LYT_18_2002_art_18.pdf)

JELIN, Elizabeth. **Los trabajos de la memoria**. Madrid: Siglo XXI Editores, 2003.

MACÍAS Rodríguez, Claudia. **La fiesta: preservación de la cultura popular en América Latina**. *Sincronía*, núm. 47, pp. 1-15, junio-septiembre 2008. Consultado en: <http://sincronia.cucsh.udg.mx/maciassummer08.pdf>

MARTÍNEZ, José Ignacio Homobono. **Fiesta, tradición e identidad local**. *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, núm. 55, pp. 43-58, 1990. Consultado en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=144795>

SOTO Vázquez, Begoña. **Recuerda: bodas, viajes, fotografías y memoria**. *Comunicación. Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*, núm. 1, pp. 265-276, 2002. <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/57547/1%20Recuerda.pdf>

TOUCHETTE, Amy. **Una historia breve de la fotografía a color**. En la Red, 8 de junio de 2017. <https://photography.tutsplus.com/es/articles/the-reception-of-color-photography-a-brief-history--cms-28333>

RICOEUR, Paul. **La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido**. Madrid: Arrecife., 1999.

VERGARA, Gloria. **Aventuras y desventuras, aciertos y desatinos de don José María Vergara Zambrano**. México: Puerta Abierta / Archivo Histórico del Municipio de Colima, 2016.

VERGARA, Gloria. **Entrevistas a los informantes Chema, Socorro, Aurelia, Ofelia, Rosa, Irma y Alondra**. México, 2017.